

de ellos, al título de rey de los romanos. Francisco I mostró dispuesto á apoyarles y prosiguió sus inteligencias con Ulrico de Wurtemberg ó con Felipe de Hesse, quien, en 1528, se manifestaba dispuesto á entrar en acción en el imperio, mediante un subsidio de 40.000 florines. Los príncipes católicos se unían para combatir las tentativas de reforma religiosa ó social y los príncipes luteranos declaraban «que ponían en común sus fuerzas, sus bienes, sus tierras, sus gentes y todos sus recursos para el caso de que el clero y sus partidarios se atrevieran á formar alguna empresa en pro de la conservación de los abusos y contra la palabra de Dios.» El día 15 de marzo de 1529 abrióse la segunda dieta de Espira, en la que se trató de las doctrinas y perniciosas herejías y se anunció la reunión de un concilio; pero los luteranos no se intimidaron por ello y «protestaron» (1) contra el acta de Espira que había sido promulgada en 19 de abril.

Francisco I, en el momento mismo en que comenzaba á negociar con Carlos, poníase en comunicación con la Dieta por medio de un manifiesto en el que procuraba «purgarse de las calumnias lanzadas por sus enemigos;» afirmaba que ni remotamente era «autor ni alimentador de los cismas, discordias y sediciones que imperaban en la cristiandad.» y suplicaba á la Dieta que no diera crédito á esos «sicofantes» que tales rumores propalaban. Y, sin embargo, había intervenido en los acontecimientos de Bohemia y de Hungría. Fernando, después de la derrota de Mohacz (2), había logrado que le eligieran rey de Bohemia en octubre de 1526 y se había consolidado prontamente en aquel trono; en cambio, en Hungría había tenido que luchar con Juan Zapolya, proclamado rey por la dieta de Stuhlweissenburg, mientras él era reconocido por la de Pressburgo (noviembre y diciembre). Pues bien, Francisco I se había apresurado á enviar á Rincón cerca del rey de Polonia, para decidirle á que apoyara á Zapolya: «El embajador de Francia, escribían á Fernando, se porta como un filibustero sin la menor vergüenza, pues hace cargar picas, horcas y arneses delante de su palacio y los manda á Hungría» (allá por julio de 1527). Posteriormente vino á Francia, acompañando á Rincón, un obispo húngaro, quien firmó un tratado por virtud del cual el rey prometía apoyo á Zapolya mediante la condición de que si moría sin hijos, la corona de Hungría fuese para Enrique de Orleans, segundo hijo de Francia (1528 á 1530) (3). Wolsey se daba perfectamente cuenta de la importancia de la Hungría: «Es preciso demostrar favor al príncipe Juan Zapolya, decía á Enrique VIII, porque entre Vuestra Majestad y el emperador puede servir para altos designios.»

Carlos V trató de precaver el peligro más inmediato y éste era indudablemente el turco. A pesar de haber recibido una embajada de Fernando y otra de Zapolya, Solimán había declarado muy solemnemente su propósito de hacer la guerra al Austria y en mayo de 1529 había salido de Constantinopla al frente de un ejército

(1) De aquí el nombre de protestantes que en lo sucesivo le fué aplicado al igual que el de luteranos.

(2) Véase anteriormente, pág. 52.

(3) En un documento de 28 de septiembre de 1529, Juan Zapolya reconoce haber recibido 20.000 escudos de Francia, de conformidad con los convenios pactados con Duprat.

inmenso, dirigiéndose hacia el Danubio. En toda Europa reinaba gran expectación; Alemania era presa de viva inquietud. El emperador, con objeto de salvar el imperio, decidióse á transigir con Francia (4), pero antes aligeró su situación en Italia.

Carlos V, que no había dejado nunca de procurar una reconciliación con el papa, escribióle en abril de 1529, «del mismo modo que si estuviera en artículo de muerte,» y le suplicaba que diera la paz á la cristiandad amenazada por la nueva invasión de los turcos: «La tardanza podría costar cara á nuestra fe católica y á las almas de los que la tienen á su cargo.» Clemente VII aceptó los ventajosísimos ofrecimientos que se le hacían y se comprometió á renovar á Carlos la investidura de Nápoles y á celebrar con él una entrevista, en cuanto llegara á Italia, para determinar de común acuerdo el estado de la península. La alianza entre ambos soberanos había de quedar cimentada mediante el casamiento de Margarita, hija natural del emperador, con Alejandro, hijo de Lorenzo de Médicis, que sería impuesto como duque á Florencia; y el papa había de recuperar Cerchia, Rávena, Módena y Reggio. El tratado se firmó en Barcelona en 29 de junio en el momento mismo en que principiaban las conferencias de Cambray.

También Francisco I estaba dispuesto á negociar seriamente con el emperador: acababa de perder uno tras otro dos ejércitos en Italia, había agotado todos sus recursos pecuniarios y hallábase obsesionado por la idea de recobrar á sus dos hijos; además una buena parte de su Consejo, especialmente la reina madre y Montmorency, se mostraba propicia á la paz.

Las negociaciones, comenzadas y abandonadas ya repetidas veces, se reanudaron á fines de 1528. La reina madre llamó una noche al secretario de Margarita de Austria, M. des Barres, «para conversar con ella,» y después de haberle hablado de sus hijos y del desafío entre Carlos y su hijo, terminó diciéndole que, «por su parte, estaba tan resuelta á hacer tanto por el dicho señor su hijo, que olvidaba todo rencor y se adhería á la causa de la paz, suplicando á dicho des Barres que se sirviera decir de parte suya á mi dicha señora (Margarita) que hiciera lo propio con el emperador.» Después de esto, envió á Malinas las primeras proposiciones de paz, y tras largas conferencias previas, prosiguieron las negociaciones en Cambray, adonde se dirigieron, en julio, Luisa de Saboya y Margarita. Aquellas negociaciones fueron laboriosas: Margarita, que era en extremo hábil para adquirir ventajas, escribía á Carlos diciéndole que quería «aprovecharse de la suerte y del tiempo» y comenzó por comunicar al rey de Inglaterra lo que ocurría, afirmándole que nada se haría contra él. Los ingleses, advertidos también por Francia, hicieron todo lo posible para dificultar la buena marcha de las negociaciones: la reconciliación de Francisco I y del emperador preocupaba en extremo á Enrique VIII, quien se puso de pronto á hacer preparativos belicosos.

Por otra parte, los italianos estaban muy alarmados

(4) Había intentado en vano contener á Solimán, como lo intentara ya en 1525, oponiéndole al Sofí de Persia, á quien envió un embajador á principios de 1529, y que rompió las hostilidades; mas á pesar de ello Solimán prosiguió su marcha sobre Viena. La acción diplomática cerca de Persia continuó en 1530 y 1531.

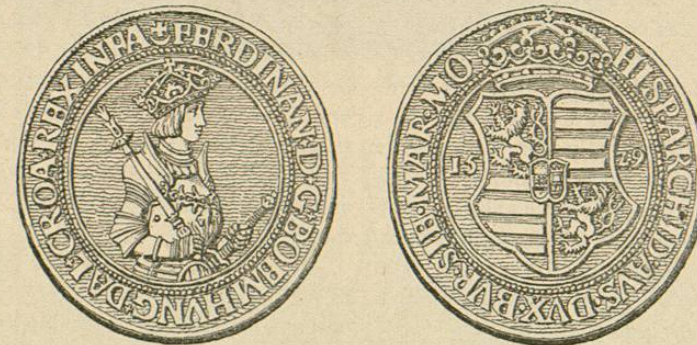
desde que tuvieron noticia de las conferencias de Cambray, y sus embajadores habrían querido que fracasara; lo que sobre todo les interesaba saber era que el rey de Francia no los sacrificaba. De ello les daba Montmorency las mayores seguridades: «El gran Maestre, escribía en 10 de julio el embajador florentino, nos mandó recado para que fuésemos todos á misa á la iglesia catedral, como así lo hicimos, y entonces nos expuso que corrían rumores de que iba á firmarse la paz, dejando á los venecianos á la discreción del emperador, como ya se había hecho en otro tiempo en aquel mismo lugar (en 1508). Esto (decía Montmorency) sólo podía venir de hombres de mala fe á quienes esta santa paz disgustaba. É indicó al embajador de Venecia y á todos nosotros que jamás se había discutido semejan-

te proyecto.» Lo cual era enteramente contrario á la verdad.

El tratado de Cambray es el mismo tratado de Madrid salvo algunas cesiones territoriales. El rey de Francia conserva la Borgoña y sus dependencias, lo propio que Peronne, Montdidier, las ciudades del Somma y los condados de Boloña, de Guines y del Ponthieu; pero cede, restituye ó abandona Hesdin, Lille, Douai, Orchies, Tournai y Saint-Amand y renuncia á toda soberanía sobre la Flandes y el Artois; da á Margarita y al emperador, mientras vivan, el condado de Charolais; se obliga á entregar todas las plazas que aun conserva en el Milanesado y en el reino de Nápoles y abdica todos sus derechos sobre estos dos Estados y sobre Asti; anula las sentencias dictadas contra Borbón ó contra sus cómplices y promete llegar á un arreglo con los herederos del condestable. «Para el bien de la paz y para recobrar á los Sres. Delfín y duque de Orleans,» entregará 2.000.000 de escudos, de los cuales pagará 1.200.000 en el momento en que aquéllos sean puestos en libertad y el resto en rentas. Se encargará de pagar al rey de Inglaterra 290.000 escudos por éste prestados al emperador y renunciará á todo acto contra Carlos, lo mismo en Alemania que en Italia, y aun le facilitará dinero, buques, artillería y marineros para que pase á la península. Finalmente, la amistad entre ambos príncipes queda consagrada por

el casamiento de Francisco I con la reina Leonor. En cuanto á los Albret, á los La Marck y á los aliados italianos, quedan á merced del emperador.

¿Repetiría Francisco I con el tratado de Cambray lo que había hecho con el de Madrid? Tal fué la pregunta que muchos se formularon durante algún tiempo, y no faltaron consejeros de Carlos que temieran una violación de la fe prometida en cuanto fueran restituidos los Hijos de Francia. De Praet, sin embargo, negábase á creer tal cosa «por la vergüenza que á sí mismo se haría el rey de Francia si faltaba nuevamente á su palabra,» y á causa también de «la mala partida que ha jugado á todos sus confederados,» los cuales no estaban dispuestos á unirse otra vez á él. Por otra parte,



Taler de Fernando, rey de Bohemia

añadía, «me atreveré á decir (quizás sea esto una locura) que si no fuese por la venida del Turco y por ser como soy cristiano, quisiera que el dicho rey de Francia hiciese de nuevo la guerra al emperador, á fin de que S. M. pudiera encontrarle desprovisto de dinero y de hombres.»

A pesar de la prisa que se dió Francisco I en jurar la observancia de los pactos convenidos; á pesar de las ratificaciones de los Parlamentos y de los Estados provinciales; y á pesar de las buenas palabras y de las protestas de amistad que prodigaban el rey, su madre y Montmorency á los embajadores de Carlos, subsistieron durante bastante tiempo las desconfianzas; por esta razón el emperador empleaba cierta dureza para recordar, cuando había lugar para ello, las condiciones de la paz. «He encontrado extraño, escribía en 1530, que por los tratados de Madrid y de Cambray haya el dicho rey cristianísimo renunciado tan expresamente á todo lo que tenía en Italia... y además que los embajadores vengan tan pronto á apremiar y á requerir que tienen facultad de rescatar el referido condado de Ast..., lo cual nos hace pensar que el dicho rey no ha perdido el gusto de esta Italia.» Carlos aplazó la entrega de los Hijos de Francia hasta que hubo arreglado todos sus asuntos de Europa.

La «venida del Turco» había sido una de las principales razones de la paz. Solimán llegó delante de Viena en 21 de septiembre, pero al cabo de un mes, durante el cual los vieneses rechazaron asaltos casi diarios, levantó el sitio (16 de octubre) y se retiró devastándolo todo á su paso. «El suelo se ha hundido bajo los cascos de los caballos, escribían los historiadores turcos; el Austria, en otro tiempo tan bien cultivada, se ha con-

te proyecto.» Lo cual era enteramente contrario á la verdad.

En muchas ocasiones pareció inminente un rompimiento, pero Margarita, á quien no se ocultaban las dificultades de la situación del emperador, decidióse á otorgar algunas concesiones, y el tratado se firmó en 3 de agosto de 1529.

El tratado de Cambray es el mismo tratado de Madrid salvo algunas cesiones territoriales.

El rey de Francia conserva la Borgoña y sus dependencias, lo propio que Peronne, Montdidier, las ciudades del Somma y los condados de Boloña, de Guines y del Ponthieu; pero cede, restituye ó abandona Hesdin, Lille, Douai, Orchies, Tournai y Saint-Amand y renuncia á toda soberanía sobre la Flandes y el Artois; da á Margarita y al emperador, mientras vivan, el condado de Charolais; se obliga á entregar todas las plazas que aun conserva en el Milanesado y en el reino de Nápoles y abdica todos sus derechos sobre estos dos Estados y sobre Asti; anula las sentencias dictadas contra Borbón ó contra sus cómplices y promete llegar á un arreglo con los herederos del condestable. «Para el bien de la paz y para recobrar á los Sres. Delfín y duque de Orleans,» entregará 2.000.000 de escudos, de los cuales pagará 1.200.000 en el momento en que aquéllos sean puestos en libertad y el resto en rentas. Se encargará de pagar al rey de Inglaterra 290.000 escudos por éste prestados al emperador y renunciará á todo acto contra Carlos, lo mismo en Alemania que en Italia, y aun le facilitará dinero, buques, artillería y marineros para que pase á la península. Finalmente, la amistad entre ambos príncipes queda consagrada por

añadía, «me atreveré á decir (quizás sea esto una locura) que si no fuese por la venida del Turco y por ser como soy cristiano, quisiera que el dicho rey de Francia hiciese de nuevo la guerra al emperador, á fin de que S. M. pudiera encontrarle desprovisto de dinero y de hombres.»

A pesar de la prisa que se dió Francisco I en jurar la observancia de los pactos convenidos; á pesar de las ratificaciones de los Parlamentos y de los Estados provinciales; y á pesar de las buenas palabras y de las protestas de amistad que prodigaban el rey, su madre y Montmorency á los embajadores de Carlos, subsistieron durante bastante tiempo las desconfianzas; por esta razón el emperador empleaba cierta dureza para recordar, cuando había lugar para ello, las condiciones de la paz. «He encontrado extraño, escribía en 1530, que por los tratados de Madrid y de Cambray haya el dicho rey cristianísimo renunciado tan expresamente á todo lo que tenía en Italia... y además que los embajadores vengan tan pronto á apremiar y á requerir que tienen facultad de rescatar el referido condado de Ast..., lo cual nos hace pensar que el dicho rey no ha perdido el gusto de esta Italia.» Carlos aplazó la entrega de los Hijos de Francia hasta que hubo arreglado todos sus asuntos de Europa.

La «venida del Turco» había sido una de las principales razones de la paz. Solimán llegó delante de Viena en 21 de septiembre, pero al cabo de un mes, durante el cual los vieneses rechazaron asaltos casi diarios, levantó el sitio (16 de octubre) y se retiró devastándolo todo á su paso. «El suelo se ha hundido bajo los cascos de los caballos, escribían los historiadores turcos; el Austria, en otro tiempo tan bien cultivada, se ha con-

vertido en algo parecido al imperio de las tinieblas.» Solimán no se consideró vencido, antes al contrario, afirmó su victoria dando la Hungría á Zapolya y continuó en relaciones con Francisco I y con los venecianos, quienes se declararon dispuestos á vivir en paz y amistad con él y con los príncipes de Baviera que seguían interesándose por la causa de Zapolya. El mismo Carlos V aconsejaba á su hermano que entrara en tratos con los otomanos; pero el levantamiento del sitio de Viena fué un gran triunfo para él.

En Italia, sus tropas eran dueñas del reino de Nápoles y del Milanesado, de modo que tenía cogida á la península por sus dos extremos; y los venecianos, los florentinos, el duque de Ferrara y Sforza, si bien estaban muy alarmados, manifestaban tanta irritación contra Francia como hostilidad contra el emperador. Este, después de largas entrevistas celebradas con el papa en Bolonia, resolvió entablar negociaciones con Francisco Sforza, á quien dejó dueño del Milanesado, con Venecia, que devolvió á Clemente VII Cervia y Rávena y abandonó las plazas de Nápoles, y con el duque de Ferrara. Sólo Florencia fué sacrificada, porque Clemente VII quería á todo trance restablecer en ella la dominación de su familia: sitiada por las tropas imperiales, defendióse heroicamente y no sucumbió sino al cabo de ocho meses, en agosto de 1530, pasando entonces su gobierno á manos de Alejandro de Médicis.

Antes de que terminara el sitio de Florencia, Carlos había realizado el proyecto que tanto le interesaba, la coronación imperial; y cuando hubo recibido en 22 de febrero de 1530 la corona de hierro de los reyes lombardos y el 24 la corona imperial, consideróse en plena posesión de sus derechos y en condiciones de cumplir los deberes que, en su concepto, sobre él pesaban.

En 21 de enero de 1530 había convocado una Dieta que debía reunirse en Augsburgo en 8 de abril, y la carta de convocación insistía en el peligro turco y proponía á los Estados del Imperio una discusión profunda sobre todas las cosas de la fe «á fin de que todos los cristianos unidos bajo la bandera de Cristo vivan en paz en la misma comunión, en la misma unidad y en la misma Iglesia.» palabras probablemente sinceras, pero que no estaban dispuestos á escuchar ni los luteranos, ni los príncipes, y que difícilmente se compaginaban con las autoritarias teorías del propio Carlos.

La Dieta, que no se inauguró hasta el 20 de junio, oyó el 25 la profesión de fe de las Iglesias protestantes redactada por Melancton y firmada por un gran número de príncipes ó de ciudades, y se disolvió en 19 de noviembre, después de varias conferencias estériles entre los doctores de ambos partidos, con lo que una vez más quedaron defraudadas las esperanzas de restablecer la unidad de fe en el imperio. Los mismos católicos habían apoyado muy poco al emperador, el cual hubo de limitarse en el acta de 19 de noviembre á formular declaraciones doctrinales y á adoptar medidas defensivas. Sólo de un concilio esperaba ya Carlos la pacificación de los males de la Iglesia, y el papa, ante sus apremiantes instancias, consintió en 1.º de diciembre de 1530 en convocar uno para el año 1531.

«El carácter de Su Majestad habíase vuelto sombrío; quejábbase con frecuencia de que nada adelantaba ni prosperaba y de que en el Imperio, lo que Dios no

quiera, eran inminentes la rebelión y la guerra.» En tal estado de ánimo, Carlos vigorizó la situación de su hermano Fernando, á quien abandonaba cada día más el cuidado de Alemania, dándole la investidura de los dominios que le había concedido en 1521, agregando á ellos la Suabia austriaca y el ducado de Wurtemberg, confiscado á Ulrico, y logrando, por último, que en 5 de febrero de 1531 fuese elegido rey de los romanos, elección contra la cual, así como contra las decisiones de la Dieta, apelaron en 16 del propio mes los «protestantes» ante Francisco I y Enrique VIII.

Los Hijos de Francia seguían en España y su libertad estaba en suspenso á consecuencia de la actitud equívoca de Francisco I, el cual, ora poniendo á mal tiempo buena cara, aparentaba querer convertir la paz en «una alianza y amistad» y multiplicaba las protestas y los testimonios de simpatía cerca de los embajadores imperiales, ora volvía á hablar de las condiciones «intolerables» de los tratados de Madrid y de Cambray, si bien declarando que las cumpliría.

Por otra parte, luchaba con grandes dificultades para encontrar el rescate enorme de 1,200.000 escudos de oro.

Todo el final de 1529 y los primeros meses de 1530 se pasaron recogiendo dinero: los nobles consintieron en pagar, á título de donación gratuita, la décima parte de las rentas de sus feudos y retrofeudos, 1530 y el papa autorizó la percepción de cuatro décimas, que no siempre se recaudaron sin dificultades, por lo que el comisario regió en el Lyonnais se lamentaba, en tono de chanza, de que hubiera en el país tan pocos gentileshombres (que pagaban bien) y tantos sacerdotes (que pagaban mal). Las ciudades del reino también facilitaron subsidios. Todas las operaciones financieras y diplomáticas para la liberación de los hijos de Francisco I acabaron por encontrarse concentradas en manos de Montmorency, en quien Margarita de Austria y los embajadores del emperador demostraban tener especial confianza.

En el mes de marzo de 1530 llegaba Montmorency á Bayona, acompañado del arzobispo de Bourges, del presidente Du Bourg, del tesorero del Ahorro, del canceller Duprat y de numerosos nobles. El condestable de Castilla encontrábase en Fuenterrabía. Mas entonces surgieron dificultades de toda clase «porque cada cual desconfiaba de su compañero:» los españoles se mostraban altaneros y quisquillosos é hicieron durar más de cuatro meses la comprobación de las monedas que Francia daba en pago y entre las cuales encontraron algunos escudos que no eran de buena ley, por lo que fué preciso añadir 40.000 más. Hecho el recuento, las monedas fueron embaladas en cajas de madera y hierro de á 25.000 cada una, que debidamente selladas se depositaron en Bayona bajo la custodia de arqueros cuidadosamente escogidos. A esta masa enorme de cincuenta cajas se añadían todos los documentos de los tratados de Madrid y de Cambray, tales como procuraciones, poderes, garantías, títulos, originales ó en *vidimus*; y, por último, fué menester reunir entre Bayona y la frontera gran cantidad de víveres y numerosos caballos, pues la reina Leonor, que en aquella ocasión iba á hacer su entrada en el reino como reina de Fran-

cia, pedía 400 caballos para ella y 200 para la condesa de Nassau que la acompañaba.

Mientras se hacían todos estos preparativos, fijáronse las formalidades del canje de los niños y del rescate y se decidió que se efectuaría, como se había efectuado el de Francisco I, en el Bidasoa, levantándose un pontón entre Hendaya y Fuenterrabía: en Hendaya se em-

había salido. Era ya de noche cuando la reina Leonor y los jóvenes príncipes llegaban á San Juan de Luz, desde donde se despachó un correo para dar aviso al rey que se hallaba en Burdeos con su corte y que se dirigió en seguida á Mont-de-Marsán, celebrándose y consumándose allí aquel casamiento que tantos aplausos había sufrido desde 1526.



CLEMENS VII PONT MAX IMP CAES CAROLVS V P F AVG

Paseo triunfal del papa Clemente VII y del emperador Carlos V después de su coronación en Bolonia. Facsímile de un grabado en cobre de Nicolás Hogenberg.

barcarían los 1,200.000 escudos, los documentos del tratado, los títulos y un determinado número de gentiles hombres; otra barca de análogo tonelaje saldría de Fuenterrabía, llevando á bordo á los Hijos de Francia, al condestable de Castilla y á un número de gentileshombres españoles igual al de los franceses; las dos orillas estarían desiertas hasta cierta distancia y por la desembocadura del Bidasoa cruzarían buques franceses y españoles para evitar toda sorpresa. Finalmente, la reina Leonor atravesaría el río en una embarcación particular, «á la mano derecha de los señores Hijos.» El 1.º de junio se efectuó el canje: las barcas procedentes de ambas orillas acercáronse al pontón al mismo tiempo, y los españoles pasaron uno á uno á la barca francesa, en donde estaban los escudos, mientras los franceses, también uno á uno y cruzándose con ellos, pasaban á la española que conducía á los príncipes, después de lo cual cada barca volvió al punto opuesto al de donde

El regreso de los príncipes fué acogido con manifestaciones de alegría mucho más entusiastas que las que hubo cuando regresó el rey, su padre. El pueblo se sintió dominado por una ingenua sensibilidad que llegó hasta la exaltación: «Nadie recuerda una demostración mayor de gozo en el pueblo y en las gentes de París.» También la reina Leonor fué muy bien recibida, porque se le atribuía «el honor de la paz y el ser mediadora de la conservación de la misma.» «Los de Burdeos, escribía el embajador de Carlos, han festejado su entrada con tan manifiesta y honorable voluntad como hacerse puede, y no se habla sino de su buen trato;» y añadía que el Gran Maestre multiplicaba los testimonios de lealtad á la reina y declaraba su deseo de ver mantenerse y confirmarse la unión entre ambos soberanos.

En 1531, Carlos V ha sido coronado emperador; es omnipotente en Italia; ha hecho elegir á su hermano

CAPÍTULO IV

LA POLÍTICA DE MONTMORENCY (1)

I. La Europa después de la paz de Cambray. — II. La alianza franco-inglesa. — III. Italia y la alianza franco-papal. — IV. Alemania y los turcos. — V. Carlos V en Túnez. — VI. Ruptura con Carlos V. — VII. Las legiones nacionales. — VIII. La campaña de Provenza. — IX. Niza y Aigues-Mortes. — X. Inteligencia cordial con el emperador.

I.—La Europa después de la paz de Cambray

Después de 1530, Montmorency fué el verdadero jefe del gobierno: gran maestre de palacio y gobernador del Langüedoc desde 1526, había desempeñado un papel preponderante en los acontecimientos que determinaron el tratado de Cambray, y había sido el encargado de llevar a cabo el rescate de los Hijos de Francia, condición esencial para que la política real recuperase su libertad de acción. Realizado con feliz éxito su cometido, su crédito no tuvo límites y fué considerado como el hombre indispensable.

En aquel entonces, heredaba por muerte de su padre, acaecida en 24 de mayo de 1531, los dominios de Montmorency, de Beaumont-sur-Oise, de Compiègne, de Chantilly, de Ecouen, de la Isle-Adam y de Feren-Tardenois, convirtiéndose en uno de los más ricos señores territoriales del reino; y su título de «primer barón de Francia» le conquistaba un puesto aparte en la nobleza, en una época en que habían casi desaparecido las grandes familias feudales antiguas. Además, en 22 de septiembre de 1531, fallecía Luisa de Saboya, y de los ministros del primer período del reinado no quedaba más que Duprat, que estaba muy viejo y no gozaba cerca del rey del mismo favor que antes. Por otra parte, el monarca se rodeaba cada vez más de nobles y el gobierno, que durante mucho tiempo había sido de hombres de la clase media, volvía a ser aristocrático (2).

Montmorency, tan amigo como servidor del rey, aparentó querer aliviarle del tráfago de los negocios públicos, cuyo peso tomó enteramente sobre sí; captóse la voluntad de la reina Leonor, olvidada por su esposo casi inmediatamente después de la boda, pero que por la gran posición de su hermano y por la necesidad de estar en buenas relaciones con éste ejercía cierta influencia en la política; y finalmente cimentó su autoridad sobre la consideración que á Carlos merecía: «El es, escribía Carlos, quien entiende y sabrá dirigir mejor y guiar de buena manera y con dulzura los negocios, pues tiene buen celo en bien de la paz como ningún otro de los colaboradores de esta corte.» Y á su vez Montmorency escribía á Margarita de Austria: «La cual (amistad) espero ver aumentar, con placer de nues-

(1) Véanse acerca de este capítulo las fuentes y las obras indicadas en la página 265 y particularmente Lanz, Charriere, Weiss, Decrue, von Bucholtz, Janssen. Remito anticipadamente á mis lectores á la tesis francesa de V. L. Bourrilly sobre *Guillermo du Bellay, señor de Langey* (1491-1543) que he podido leer en manuscrito en el momento en que redactaba el presente capítulo y que me ha servido para completar ó rectificar muchas indicaciones. Las obras especiales las citaremos á medida que exponamos los hechos.

(2) Véase págs. 69, 180, 185 y 199.

rey de los romanos; los turcos han sido rechazados delante de Viena; en Cambray ha sido el dispensador de la paz, y ha intentado, en Augsburgo, ser el árbitro de las creencias. Aunque no ha triunfado en todas partes ni completamente, ha llegado á la cúspide de la gloria y del poder.

En aquella misma fecha, el rey de Francia ha perdido el Milanesado; se ha visto excluído de Italia, y ha renunciado á la soberanía tradicional sobre la Flandes y el Artois. El primero de estos hechos, sin embargo, no interesa al fondo de nuestra historia; en cuanto al segundo, de gran trascendencia para el porvenir, podía parecer secundario á los contemporáneos porque se trataba de derechos reducidos casi al estado de fórmulas.

Francia, después de tantos reveses, resultaba moralmente disminuída, pero permanecía intacta puesto que conservaba la Borgoña, al mismo tiempo que la reunión de los dominios de Borbón á la corona aumentaba el poderío de la realeza.

Francisco I había cometido muchas faltas: mala elección de hombres, torpezas é ineptitud ó negligencia en los negocios; y si pudo resistir, recobrase del desastre de Pavía y salvar la Borgoña, fué porque había en el reino fuerza y vigor. Fué también porque el emperador tuvo enemigos por todas partes: los turcos, muy temibles; en Alemania, los reformados y los príncipes católicos, los primeros luchando por su libertad religiosa, los segundos por su independencia política y unos y otros adversarios de la monarquía imperial; en Italia, casi todos los príncipes que no se conformaban con que se restableciera la autoridad del *rex Langobardorum*; y al mismo tiempo la «tiranía» imperial mortificaba y aun ofendía al rey de Inglaterra. La Francia, principal adversario de Carlos V, contaba con muchas simpatías: unas se le habían ofrecido espontáneamente; otras fueron por ella misma solicitadas. El rey tuvo el mérito de hacerse cargo de ello; se consideraba tan útil á sus aliados, que pensó que, aun en el caso de abandonarlos, se verían obligados á recurrir nuevamente á él. Fué aquella una situación original, extraordinaria, y Francisco I, á pesar de su gran ligereza, llegó á sacar de ella casi una política que, después de él, se concretará y acabará por ser la política nacional: Francia será hasta los tiempos de Luis XIV la defensora de la Europa moderna contra el imperio, esa supervivencia de la Edad media y de Roma, incorporado á la casa de Austria.

Además, el emperador nunca extremó la lucha contra el reino; apenas lo atacó en sus obras vivas, al Nordeste ó en Borgoña, invadiendo sólo una vez la Provenza, y aun entonces no tanto por su propio impulso como movido por el condestable de Borbón; y cesó en sus ataques después de Pavía. Parece como que, comprendiendo que toda Europa estaba en contra suya, se dió también cuenta de la extraordinaria fuerza de resistencia y de la vitalidad de Francia.

Todavía pondrán menos en tela de juicio la unidad territorial de Francia las guerras de 1531 á 1547, puesto que, por confesión del propio emperador en Cambray, la cuestión de Borgoña queda terminada. Estas guerras, en realidad, no serán más que luchas de preponderancia en las cuales servirá de envite el Milanesado.

tro señor, y fortalecerse de tal suerte que será para permanecer siempre inseparable. Podéis estar segura, señora, de que para lograr esto, ni el rey ni la señora vuestra hermana perdonarán nada que buenamente puedan hacer para contribuir á ello de su parte.»

Iba, pues, á ser el representante de la política de paz y casi de alianza con el emperador, que se amoldaba con sus doctrinas de absolutismo monárquico y con sus conservadoras ideas religiosas.

Preciso es reconocer, por otra parte, que después del tratado de Cambray la única actitud posible para Francia era la de recogimiento: Francisco I no podía pensar en violar una vez más sus compromisos, para substraerse á los cuales no tenía ninguno de los pretextos que había invocado contra el tratado de Madrid; además, érale preciso reconquistar la opinión europea, porque sus antiguos aliados continuaban muy irritados contra su deslealtad y los alemanes no estaban dispuestos á fiarse de un príncipe que olvidaba las promesas hechas así á sus amigos como á sus adversarios. Y finalmente sabía que Francia había agotado ó poco menos sus recursos en hombres y en dinero.

Pero el tiempo y las circunstancias seguían trabajando en favor suyo. En Alemania, los príncipes persistían en poner en tela de juicio la legitimidad de la elección de Fernando como rey de los romanos, y los luteranos protestaban contra las decisiones de la dieta de Augsburgo y se agitaban. Desde diciembre de 1530 hasta marzo de 1531, los electores ó príncipes luteranos de Sajonia, Hesse, Anhalt y Brunswick y los delegados de once ciudades libres, reunidos en conferencia en Smalkalde, constituyeron allí la famosa liga que convertía al partido luterano en un Estado soberano, dotado de recursos políticos, militares y financieros. Ahora bien, aunque los confederados declararon con insistencia que reconocían la soberanía imperial, el solo hecho de coligarse demostraba sobradamente que querían restringir el ejercicio de la misma; y en efecto, inmediatamente buscaron alianzas en Lorena, en Suiza, en Dinamarca, en Venecia y en Francia.

Solimán, á pesar de su fracaso delante de Viena, seguía siendo temible y temido; había dispuesto de Hungría en favor del candidato antiaustriaco, Juan Zapolya, «que se inclinó ante su faz;» había recibido embajadores de casi todos los príncipes de Europa, incluso del emperador y de Fernando, cuyos ofrecimientos rechazó, y proseguía sus armamentos por tierra y por mar, amenazando de esta suerte á Alemania por un lado y por otro á los Estados mediterráneos.

Francisco I y el propio Montmorency, que á pesar de su espíritu pacífico no dejaba de tomar precauciones, continuaron manteniendo inteligencias con los enemigos secretos ó declarados de Carlos, tales como los príncipes alemanes, los luteranos, los húngaros, los otomanos, el rey de Inglaterra, el papa y los venecianos.

Desde 1531 hasta 1535, el rey de Francia y el emperador no cesaron de vigilarse recíprocamente y de jugar políticamente sobre seguro, partiendo casi siempre de Francia la ofensiva. La muerte casi simultánea de Margarita de Austria (diciembre de 1530) y de Luisa de Saboya (septiembre de 1531) contribuyó á comprometer la paz que había logrado la obra de estas dos damas y

por la que ambas se interesaban extraordinariamente. Además, el principal consejero de Carlos V desde hacía diez años, el canciller Gattinara, fué reemplazado, al morir en 1530, por el cardenal Granvela, quien, á fuer de hijo del Franco Condado, hallábase más dispuesto á reavivar la antigua querrela borgoñona entre Francia y el Austria.

En aquel momento, la diplomacia trabaja en toda Europa. Francisco I tiene en Alemania, en Italia, en Inglaterra, en Suiza y en Turquía representantes que escoge principalmente entre los obispos, los magistrados, la gente togada y hasta entre los eruditos; cerca de Carlos V acreditó á Dodien de Vely, que fué nombrado obispo de Rennes en 1541; cerca de Enrique VIII, á Juan de Dinteville, á Juan du Bellay, obispo de París, y á M. de Castillón; y cerca del papa á los cardenales de Grammont y de Tournón. También confió algunas misiones á hombres de guerra; así Guillermo du Bellay fué enviado en tres ocasiones cerca de los protestantes alemanes antes de recibir el encargo de defender y gobernar el Piamonte. En Venecia, el embajador francés, á partir de 1529, fué el humanista Lázaro de Baif.

Formáronse entonces familias de diplomáticos: Juan de Selve, primer presidente de los Parlamentos de Ruán, de Burdeos y luego de París, fué embajador cerca de Carlos V en 1525, y de sus cinco hijos, Lázaro fué gentilhombre de cámara y embajador cerca de los cantones suizos; Juan Francisco, embajador en Turquía; Juan Pablo, obispo de Saint-Flour, desempeñó varias misiones en Roma y en Venecia; Odet, consejero del parlamento de París y del Gran Consejo, fué embajador en Roma y en Inglaterra; y Jorge, obispo de Lavaur, embajador en Italia, en España y en Alemania. Francisco I tuvo además multitud de agentes secretos que se diseminaron por toda Europa y á quienes confiaba comisiones comprometedoras, sin perjuicio de desautorizarlos cuando sus gestiones daban malos resultados.

La situación de los embajadores era casi siempre precaria y difícil, porque apenas si se les reconocía un derecho á la inviolabilidad en los países en donde estaban acreditados; pero su mayor embarazo provenía (y así será durante mucho tiempo) de sus relaciones con sus gobiernos á causa de la dificultad de las comunicaciones y de la rapidez con que los hechos y las combinaciones variaban, así es que si querían tomar alguna iniciativa, cosa verdaderamente imprescindible, se exponían á ser tardíos con relación á los acontecimientos ó al pensamiento momentáneo de un ministro. Y, por último, se les pagaba muy mal y muy irregularmente.

Después de las conclusiones de la liga de Smalkalde, Francisco I había enviado á Guillermo du Bellay cerca de los confederados con la misión de prometerles el socorro de Francia «para la defensa de la libertad germánica;» y en mayo de 1532 firmó con los duques de Baviera, con el duque de Sajonia, Felipe de Hesse, y algunos otros príncipes alemanes, el tratado de Scheyern, por el que ambas partes contratantes se obligaban á apoyarse mutuamente y Francisco I adquiría el derecho de reclutar tropas en los países de sus aliados. El monarca francés, al mismo tiempo, agitaba el Palatina-